

Directrices para una política democris­tiana en Latinoamérica

Dr. Lino Rodríguez Arias Bustamante

Catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Panamá.

Hoy día, que se habla tanto de la eficacia temporal del cristianismo y, por consiguiente, de la necesidad en que se encuentra el hombre católico de vivir una vida integral a cuyo fin ha de procurar que su conducta se adapte en todos los momentos de su existencia a la creencia religiosa que dice profesar, es fácil comprender que tendrán una gran trascendencia y graves repercusiones sociales, las actividades que desplieguen estos hombres en el ámbito de lo político, puesto que, en la actualidad, se atraviesan unos instantes cruciales en la reorganización de la convivencia entre los hombres.

La convivencia de los hombres presenta como esfera fundamental de su organización, la unidad política del Estado, porque, ya no basta sólo la estructuración de la familia, por ser ésta demasiado restringida y continuamente expuesta a apoyarse y expandirse fuera de sí; más aún, se hace imprescindible la unión internacional de los pueblos, que, por demasiado vasta no es inmediatamente advertida como necesaria.

Evidentemente que, todo esto nos lleva a la consideración, de que asistimos al alborar de una Nueva Era, caracterizada por un nuevo orden social, que, estando de vuelta de la fracasada experiencia colectivista, como asimismo habiendo superado el período individualista de la sociedad, tendrá como programa o proyecto a realizar los elementos mejores de las dos etapas precipitadas, abandonando de ellas lo que han presentado de escoria y pernicioso.

A nadie escapará que, la nueva ordenación político-social, habrá de asentarse sobre la conjunción de los dos principios siguientes: El de la

libertad, pero sin incurrir nunca en la injusticia y en el abuso de las clases o individuos más débiles; y el de la *justicia*, sin que a su costa se trate de destruir o desconocer las libertades esenciales de la persona humana. Luego debemos aspirar a una organización social que salve, conjuntamente, la *libertad* y la *solidaridad*. Tanta libertad, cuanta pueda co-existir con la *solidaridad*; tanta *solidaridad*, cuanta sea posible que coexista con la *libertad*.

Es, pues, el cristianismo la única doctrina capaz de inspirar y encuadrar de un modo total y completo el mundo social que hemos diseñado, proyectando en nuestras vidas los preceptos sacratísimos del Evangelio.

Por eso a continuación vamos a referirnos —aun cuando sea de una manera sucinta—, a algunos de los principios fundamentales de toda sociedad política, configurándoles con arreglo a las normas que hagan más eficaz esta convivencia cristiana de la Humanidad.

I

Nacionalismo y Patriotismo

Estos dos conceptos suponen, a la vez, la existencia de otros dos previos: la nación y la patria, sin los que no tendrían sentido, aunque, en ocasiones, dichos “ismos” les desorbitan de tal modo, que llegan a perder la pureza de su significado.

El principio de las nacionalidades es un producto de la Revolución francesa, que atribuye la soberanía a la nación y coloca la piedra fundamental de los futuros regímenes democráticos y nacionales, siendo la fuerza política más considerable del siglo XIX. Por este movimiento, se supera el fraccionamiento feudal europeo y se borra la idea de imperio que implica sometimiento de unos pueblos a otros, dándose paso a las naciones soberanas y libres, que encuentran en las monarquías su expresión genuína y la garantía de sus derechos, de tal manera, que, puede decirse, que la nación se contempla en su realeza. Así, el nuevo orden social se resumió en la trilogía: nación, ley y rey; los reyes han venido desapareciendo ante los avatares de los tiempos contemporáneos, mientras las naciones siguen vigentes, si bien recortadas sus soberanías en el plano internacional, por necesaria subordinación al bien común de la Humanidad.

Pero a la nación sólo se la hizo aparecer como soporte de la soberanía estatal, a fin de asegurar la unidad política, superponiéndose —y confundiéndose— los términos de voluntad general, voluntad nacional y voluntad estatal, hasta tal punto que, cuando Barbeuf pidió una “segunda revolución” con el objeto de socializar la propiedad y el trabajo, sus partidarios fueron aplastados por los mismos que hicieron el primer movimiento revolucionario, porque la idea nacional arraiga a base de la posesión de la tierra, actuando como protectora de los intereses de sus nacionales.

Con todo, este concepto de nación queda vacío de contenido, si no es capaz de crear entre sus habitantes una conciencia y un sentimiento na-

cionales que, les lleve a exclamar con Horacio, aquel “bello morir por la Patria”, como algo que se lleva muy dentro del corazón y a la cual se siente uno vinculado férreamente e impelido siempre a amarla, por grande o pequeña que sea, con deseos de hacerla a cada instante mejor y más bella.

Precisamente, por esta característica sutil de la patria, hay circunstancias en que las alharacas nacionalistas se ven repelidas por un auténtico patriotismo, ya que, no pasando de ser más que una manifestación exagerada y vehemente de un sentimiento existente en escasa medida o que se dibuja desvirtuadamente, en el fondo persiguen sobremanera la protección de unos intereses —más o menos— particulares o los de una incapacidad o desidia manifiesta para el trabajo y la lucha por la vida.

II

Patriotismo y Humanismo

El sabio español, Miguel de Unamuno, escribió unas bellas páginas llenas de sinceridad y valentía acerca de “la crisis del patriotismo”, en las que fustigó ácremente a la patriotería nacionalista burguesa europea, explotadora del llamado suelo patrio, para mantener el monopolio de los negocios inclusive a costa de las más espantosas guerras y, como secuela, de la constante sangría de la Humanidad.

Por esto, en estos últimos tiempos estamos asistiendo a un doble fenómeno social, mediante el cual, de una parte, los hombres reconcentran más aún la mirada en la tierra que les vió nacer o vivir, a la vez, que, de otra, ante los fracasos que han padecido por culpa del malentendido nacionalismo producto de la Revolución francesa, buscan la inteligencia con los demás pueblos, como panacea a sus desgracias y como símbolo del principio cristiano que proclama la unidad sustancial del género humano.

Es decir, que el concepto patria a fuer de sentirse en el corazón como un entrañable amor hacia el lar y todo lo que resulta homogéneo con él, ha experimentado una escisión en su contenido, polarizada en el elemento sensitivo y en el intelectual. Ya no es sólo, el patriotismo, puro sentimiento, sino que, también, se piensa, se intuye como ideal abstracto, ensanchándose su ámbito hasta comprender en su seno a todos los hombres y pueblos del universo que integran la gran Patria humana, asentada en los indisolubles lazos fraternos que nos unen a todos los seres humanos.

Tengamos presente que, así como la convivencia humana es una imposición de la misma naturaleza, el patriotismo nacional ha sido creado por la mente del hombre, como una zona intermedia entre el amor a la patria chica y a la Humanidad. No hace falta, pues, renunciar al sentimiento nacional para sentirse uno solidario de los afanes e infortunios de los demás semejantes de la tierra; sólo, es menester, rechazar el fetichismo de la nación, causa de las guerras y desastres de todas las épocas y los tiempos.

A lo anterior debe añadirse, que los latinoamericanos tenemos una razón que nos impele a una más grande intimidad en nuestras relaciones mutuas, cual es, nuestra común estirpe hispánica. Ello debe aproximarnos de vez en vez más porque cala en la médula de nuestro modo de ser americano, lo que está muy por encima de las divisiones accidentales de fronteras y regímenes políticos que nos separan, situaciones meramente ocasionales y esporádicas.

III

El Pueblo y la Masa Popular

El motivo fundamental por el cual los regímenes democráticos del universo y, en especial, de Latinoamérica van a la deriva, es porque no se apoyan en una opinión pública popular y consciente, sino en una gran masa amorfa dirigida a capricho por quienes audazmente les prometen satisfacer sus deseos y apetitos. Quiere esto decir que, la esencia de la democracia, falta en tales supuestos, quedando sólo de ella la cobertura, el mero caparazón: la mascarada de la consulta popular.

Luego, queda claro que los conceptos democracia y pueblo guardan entre sí conexión inescindible, correspondencia exacta y matemática, porque únicamente en la democracia, el pueblo tiene una intervención —más o menos directa— en el gobierno de su país. De donde se sigue que en ella, el pueblo siga siendo sujeto o titular parcial del poder político del Estado; la causa material, receptáculo de la forma de gobierno que en su nación impere. Por eso, el pueblo vive y se mueve con vida propia, siendo consciente de sus propias responsabilidades y convicciones, poseyendo conciencia de sus deberes antes que de sus derechos, y creando, en su dinamicidad, la vida jurídica nacional. Es por lo que, en estos momentos históricos, las personas individuales que le integran dirigen siempre su acción librevolente y racional a la consecución del bien común.

Sin embargo, en nuestra época, el pueblo se ha visto suplantado por la masa popular, que tan sólo se mueve por instintos o bajo impresiones, arrojándonos un tipo de hombre hecho de prisa que se sustenta sobre unas cuantas pobres abstracciones, presentándose carente de sentido histórico y de responsabilidad personal y social, en razón de que ni siquiera es capaz de despertar a la vida humana espiritual.

El hombre masa de nuestros tiempos, al despersonalizar su vida, ha renunciado a lo que tiene más valor en el ser humano, su dignidad, degenerando el principio de igualdad civil —que, siempre tuvo en cuenta las desigualdades individuales de cultura y de posición social— en una nivelación mecánica, propia de la monotonía de este engendro de la naturaleza, y propiciatoria a convertir el Estado moderno en una gigantesca máquina administrativa que regula por resortes la vida total del país.

Avizorando esta triste realidad social, el eximio escritor hispano José Ortega y Gasset, escribió su profético libro "La rebelión de las ma-

sas”, inspirándose en el hombre-masa nietzscheano que se deja guiar por los mejores, sometiéndose a las ideas aristocráticas del superhombre, y desembocando por este camino, en las ideologías totalitarias de nuestro siglo.

Con esta disección del hombre, en masa y minoría selecta, se ha asestado un rudo golpe a la idea democrática de la que aún no se ha repuesto ni, por ende, se ha superado. Se le ha privado de su base vital y consciente, tratando de dislocar esa unidad social reflexiva que constituye el pueblo, y en cuyo seno —y sólo a su través—, se hace posible llevar a cabo formalmente una selección humana de los mejores, siempre que se le facilite todos los ingredientes necesarios para su bienestar económico y su formación cultural, evitándose así que se produzca el gregarismo social que hace posible la artificiosa distinción orteguiana.

